UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA

CAPILLA ALFONSINA
FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON
126901

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ADVERTENCIA

Escribir algo nuevo y digno de llamar la atención acerca de la guerra de la Independencia, después de tantas obras como sobre ella se han publicado, es empresa sumamente difícil, aun para plumas más bien cortadas que la mía. El tema está agotado, no sólo en la parte estrictamente histórica, sino también en la anecdótica, en la documentación y en el relato de los acontecimientos. Restrepo, Baralt, Larrazábal, O'Leary, Blanco y Azpurúa y otros muchos han llenado cumplidamente la tarea; á estos autores pueden agregarse los de Memorias, *tales como Páez, Miller, López, Padilla, etc., próceres de la época heroica y activos combatientes, y los amenos narradores de anécdotas, entre los cuales, para mi gusto, no es el que menos vale el escritor peruano Sr. Rey de Castro.*

Por esta consideración no he querido presentar á mis lectores un libro nuevo, sino una colección de hilachas, *que diría D. Ricardo Palma; de remiendos y composturas en tela ajena, en los cuales no tengo mío más cosa que el hilo. Si éste es de mala calidad, podrido y arrancadizo, peor para mí; pero, en todo caso,*

habré cumplido mi objeto, relacionado más con el patriotismo que con la literatura.

Este objeto es el de facilitar á los niños un pequeño libro de lectura que les hable de los grandes días de la Emancipación y procure despertar su infantil curiosidad que les lleve, más tarde, á un estudio serio de aquella época de la historia patria.

Si el objeto es honrado, he hecho cuanto buenamente ha sido posible á mis escasas facultades para adoptor un plan de composición que á la sencillez aúne un poco de amenidad en la narración de los hechos principales del tiempo heroico, forzando tal vez algo la descripción y la forma dialogada, mas dejando intacta la sustancia de los hechos y fijando las fechas con la escrupulosidad debida.

¿Vienen estas páginas á llenar algún vacío en el plan general de estudios acordado para las escuelas primarias de la República? De ninguna manera. La enseñanza de la historia patria es una de las prescripciones de la Ley de Instrucción Pública vigente, y en esa historia está, ó debe estar, la de la Independencia. Solamente que, por la índole de los compendios puestos en manos de los alumnos, la narración en referencia apenas pasa de brevísima apuntación, y mal puede despertar ningún sentimiento cívico en el alma y ningún interés en el corazón del niño, mayormente si el árido sistema de preguntas y respuestas ahuyenta las imágenes y atrae la confusión y el fastidio.

Muy útil es el Carreño *como libro de lectura en las escuelas; pero él no llena sino una de las necesidades sociales de la educación. Dios, la sociedad en general, la manera como debemos conducirnos en nuestras relaciones con los semejantes en las circunstancias todas de la vida... ¡excelente! Pero, ¿y la Patria? ¿Y el amor que debemos al suelo que nos vió nacer y á los hombres admirables que, á costa de sacrificios y heroicidades sin cuento, lo volvieron independiente y conquistaron la libertad para sus conciudadanos? ¡Formad corazones patriotas, para que el tranquilo imperio de la Justicia y del Derecho no sea turbado en las naciones! Esta obra vale por lo menos tanto como las prescripciones higiénicas de la buena crianza y los consejos de cortesía, moderación y cultura.*

Herir la imaginación para despertar el sentimiento: he ahí la primera campaña educatriz de los buenos maestros, que no reducen sus afanes á la enseñanza de la historia sagrada y á la explicación de la gramatiquilla infantil y de la aritmética del excelente señor Urcullu. El sentimiento cristiano del deber y de la caridad, el sentimiento religioso y filosófico de la misión del hombre sobre la tierra, el sentimiento profundamente humano, noblemente honrado del amor á la Patria: he ahí tres sentimientos que completan la educación de la infancia mediante los conocimientos que á ellos la llevan: lo demás está comprendido en tal programa.

Tal vez me engañe el amor propio de autor—bien que nunca lo he abrigado, ni motivo para abrigarlo he tenido—; pero tengo la esperanza de que estas breves relaciones sirvan de alguna cosa para preparar la curiosidad del niño é introducirle en más severa y provechosa lectura. Por detestable que sea la forma de exposición que he sabido darlas, más noble es el asunto que las entretenidas historias de la Bella y la Fiera, *del* Príncipe Admirable *y de las aventuras de* Blanca de Nieve *en el país de los enanos...*

Como el tiempo á que los episodios siguientes se refieren son tan fecundos en sucesos, las páginas de este pequeño volumen habrían podido crecer indefinidamente, si la obvia consideración del fin á que están destinadas no hubiese detenido la pluma. Lo principal está, y es esto suficiente. Acaso falte la narración de acontecimientos tales como el sitio de Cartagena, el de Portocabello, la toma del Callao, la famosa entrevista de Bolívar y San Martín, la Convención de Cúcuta y otros asuntos que quedan en cartera, pues como el campo es dilatado no hay sino que espigar á manos llenas. Si el público de las escuelas *presta acogida favorable á este escrito, ya procuraré añadir algunos episodios y mejorar la forma de los constantes en este opúsculo, en una nueva edición de él.*

Para Advertencia, *sobra.*

¡Y á la buena de Dios! Que si salgo avante en esta empresa, tela en que cortar hay para que no se enmohezca la péñola, sin utilidad para los chiquitines del A B C.

El Autor.

Quito, 25 de Junio de 1905.

I

EL JURAMENTO DEL MONTE SACRO

(1805)

En un bello día de la primavera de 1805, dos hombres salían de una posada de la Plaza de España, en la ciudad de Roma, y montando en un pequeño vehículo dijeron al cochero estas breves palabras:

—¡Al Aventino!

Rodó el carruaje á lo largo de la Ciudad Eterna con dirección á la colina célebre — el *Monte Sacro*, como también se la llama—, donde el antiguo pueblo romano solía retirarse, cuando, atentada su libertad por los patricios y decenviros, llegaba la hora de tomar las grandes resoluciones.

Los dos hombres iban silenciosos y tristes. Su aspecto era de extranjeros y viajantes curtidos al sol de los trópicos.

Ambos eran jóvenes; pues el mayor, de rostro austero y fisonomía inteligente, apenas frisaba en los treinta y cuatro años. Tenía el aire pensativo de un viejo profesor, y, de cuando en cuando, algún gesto